

**CARTA PASTORAL DE
MONSEÑOR PABLO GURPIDE, OBISPO DE BILBAO**
(Publicado en el BOLETIN OFICIAL DEL OBISPADO
de Bilbao núm. 210, de febrero de 1968).

SACERDOTES Y COMUNISTAS... ESPAÑOLES

Se cumple en 1967 el L. aniversario de las apariciones de Fátima y el L. aniversario del triunfo de la Revolución comunista en Rusia. Dos cincuentenarios que, bajo más de un aspecto, vienen a coincidir en uno sólo, ya que los dos hablan del comienzo de una etapa decisiva en la Historia de la Iglesia y en la Historia del mundo.

Los orígenes del comunismo no hay que buscarlos en Rusia, aunque en Rusia haya tomado cuerpo este mal terrible, que desde Rusia se propaga contagiosamente por todas partes. Fue y es Rusia la primera víctima, y el pueblo ruso, bajo el poder aplastante de los comunistas, como Budapest bajo el poder aplastante de los tanques soviéticos, sufre en su carne, desde 1917, el horror de este mal, que amenaza con extenderse corrosivamente a toda la Humanidad.

No fue un ruso, sino un judío y alemán por más señas, de religión protestante, Carlos Marx, quien fundiendo en un sistema la dialéctica de Hegel y el materialismo de Feuerback, vigentes a la sazón en Alemania, con las doctrinas económicas y sociales imperantes en Inglaterra y Francia (pensemos en el influjo que tuvieron las de Proudhon), dio consistencia y vida al comunismo, «doctrina monstruosa, como dijo ya en sus tiempos Pío XI, radicalmente opuesta al mismo derecho natural y que de ser admitida conducirá a la destrucción de todo derecho y propiedad y aun de la misma sociedad humana».

Sobre los pueblos de Europa pasó unas décadas más tarde el ciclón de la Guerra Europea. Exilados de Rusia, pero siempre con el pensamiento en Rusia, las jerifaltes de la oposición al régimen zarista, se entregan en Alemania «desesperadamente», «ciegamente», al Marxismo...

Y es en marzo de 1917 cuando el Gobierno alemán del Kaiser, vista la dificultad mayor en que se encuentra de obtener la victoria,

decide, a instancias de su embajador el Conde Brockdorff Rantzau, a separar definitivamente a Rusia de sus aliados occidentales, fomentando en ella una gran revolución. Y en cumplimiento de esa decisión criminal los generales Ludendorff y Kangmann expiden con destino a Rusia, en un «vagón precintado», la «bomba atómica» de entonces, es decir, los 32 revolucionarios rusos, residentes en Alemania, al frente de los cuales se halla Lenin.

La «bomba atómica» estalla meses después, en octubre de 1917, «desintegrando» el Imperio de los Zares, haciendo astillas la estructura orgánica de la nación y aplastando bajo los escombros a la «Santa Rusia».

Precisamente por aquellos meses —mayo a octubre de 1917— la Virgen de Fátima habla a los pastorcitos del próximo fin de la guerra europea, pero anunciando algo todavía más trágico... si el Mensaje de su Amor no es aceptado.

El Comunismo no es tan sólo una doctrina: es desde 1917 inmensamente más que una doctrina. Ciertamente es una doctrina, como es una doctrina el hedonismo y fue una doctrina el krausismo, que en sus días causó tanto furor, como hoy causa tanto furor en algunos sectores de la iglesia el «teihardismo»; pero es también y trata de ser —y esto es lo terrible— una or-

La lucha de clases no tiene razón de ser.

“Recordemos una fórmula que gozó de fortuna en tiempos pasados y, bajo ciertos aspectos, hoy la sigue temiendo: “la lucha de clases. Pues bien, ¿qué vemos nosotros mirando con perspicacia y guiados de un espíritu científico? “Que esa lucha no tiene razón de ser, no es una buena fórmula; está superada y hay que expresarla en otras enunciaciones más inteligentes y más reales. Precisamente “en estos días la Oficina Internacional de Ginebra ha confirmado la nueva realidad. Por tanto, es necesario modificar la forma con que hemos venido estudiando la cuestión social desde hace veinte, treinta e incluso cincuenta años. No está eliminada, pero ha de adaptarse a nuevas realidades, a otros deseos, a otras aspiraciones y posibilidad”.

PAULO VI: Alocución a los fieles de Albano (3 de septiembre de 1967; texto italiano en L'Osservatore Romano del 6; texto en castellano: Ecclesia, núm. 1.358, 23 de septiembre).

ganización, un Partido, una milicia en pie de guerra, un llamamiento a la unión de todos los que se creen reconocer, gracias al fulgor siniestro de esa doctrina, «víctimas de la opresión», «parias de la sociedad», y por esto se unen —eso creen ellos— para luchar por su libertad, por su dignidad, por su pan, por su vida... en el mito de un mundo mejor.

Las doctrinas más disolventes nunca serán eficazmente corrosivas si se quedan sólo en doctrinas. Pero llegan a ser terriblemente destructoras si encarnándose en unas masas, las «desintegran» y de esta suerte pueden ya, sirviéndose de esas masas, imponerse a viva fuerza.

En el Comunismo, pues, desde 1917, no sólo hay que tener en cuenta la doctrina marxista que está a la base de su Revolución. Hay que tener principalmente en cuenta su estrategia, su táctica, los planes de su, llamémosle así, «Alto Estado Mayor», con vistas a la conquista del poder, allí donde el poder no está en sus manos todavía, y el modo de servirse de ese poder una vez conquistado.

El Comunismo es en sí mismo «débil», porque en sí mismo carece de verdad y se basa en el error de una falsa concepción del hombre, de la vida, de la sociedad, de la Religión, de la Moral, de la libertad. Pero el Comunismo basta leer algunas páginas de Lenin, de Stalin, de Mao, para convencerse de ello— triunfa y está llamado a triunfar casi en todas partes, porque tiene al servicio de su extrategia formidable unas tácticas maniobreras tan formidables que, antes de llegar a enfrentarse con el enemigo, lo han casi del todo destrozado.

No son las armas más poderosas, ni los ejércitos más agueridos lo que da siempre la victoria. Pruébanlo las guerras de Corea y del Vietnam.

Para luchar con éxito —y la estrategia de todos los tiempos lo enseña así— es preciso:

- a) conocer bien al enemigo, su estrategia, su táctica, sus fuerzas...
- b) forzarle a combatir en condiciones poco favorables para él...
- c) esforzarse previamente por destruir sus fuerzas de resistencia y aprovisionamiento...
- d) elegir el campo de lucha y disponer en él las propias fuerzas en condiciones ventajosas, ya para la ofensiva, ya para la defensiva.

Quien sin conocer bien el Comunismo, su táctica, su estrategia,

sus fuerzas de diversión y ataque y sin conocer bien el «terreno» que el Comunismo le impone, entabla con él ese torneo dialéctico que hoy se llama el «diálogo», fracasará ciertamente, porque su «acción», aun ejecutada con el mayor entusiasmo y arrojo —y con un inmenso celo sacerdotal—, podrá llegar a ser peligrosísima y hasta llegar a ser una «colaboración» en el esfuerzo de los comunistas por destruir eso que ellos llaman «el opio del pueblo».

El Comunismo, «débil en sí mismo», es fuerte cuando, haciendo suya la protesta y el grito de indignación que surge de todo pecho honrado ante la injusticia, azuza esa indignación, ganando para su propia causa a sus mismos enemigos, quienes, creyendo luchar con los comunistas por la justicia y el bien en el ensueño de un «mundo mejor», colaboran realmente con el Partido Comunista en la construcción de un mundo que él quiere alzar, sin Dios, sin Religión y sin Moral, sin justicia y sin libertad...

Las tácticas comunistas se han modificado. La Religión sigue siendo el «opio del pueblo». Pero en España aprendieron —el comunismo tenía sólo veinte años por aquel entonces— que es imposible destruir la Iglesia «desde fuera» y «por la fuerza». Que hay que entrar dentro y buscar «dentro» colaboradores ingenuos que lleguen a imaginar «hacer Iglesia» cuando «la destruyen».

Hoy es Polonia un terrible ejemplo de esta realidad. Esos «colaboradores con el Comunismo» no se preguntarán, ni preguntarán a los comunistas en sus «diálogos», si más allá del telón de acero hay libertad de expresión, si hay derecho allí a hacer huelga, si hay libertad religiosa; no les preguntarán el «porqué» de ese telón de acero y el «por qué» no se puede ir a ver con los propios ojos esas «delicias del paraíso» de que sólo gozan los felices pueblos trabajadores bajo el signo de la hoz y el martillo antes de trasplantar a España o a Portugal tanta «felicidad».

Esos «ingenuos colaboradores» con el Comunismo no les preguntarán ni se preguntarán a sí mismos si los sacerdotes católicos, sublevados ante la injusticia, pueden manifestar su indignación por las calles de Moscú o de Varsovia...

Para no ser víctimas del Comunismo hace falta no sólo defenderse de él —estar a la defensiva— sino atacarlo, dejándolo al descubierto en su falta de verdad. Solamente la verdad puede anular el poder de seducción que tiene el Comunismo.

Y la verdad, que es patrimonio de la Iglesia, no es conocida con frecuencia por muchísimos que en la Iglesia debieran ser, pues lo son, jefes y pastores del pueblo fiel. «Jamás se dirá bastante —escribió no hace mucho Mr. Juan Ousset— que el ver-

dadero anticomunismo, más que en la crítica de los sofismas marxistas, se halla en la enseñanza positiva de la verdad...»

Y esa verdad fulgura, derramándose sobre el mundo, desde la Cátedra de Pedro, Pío IX, León XIII, Pío X, Pío XI y Pío XII... Todos los Papas hablaron. Pero lo que los Papas dijeron se pierde en el estrépito del fragor político, social, económico... aun dentro de la misma Iglesia.

Nuestros jóvenes sacerdotes salieron de los Seminarios y Universidades católicas sin entrar en contacto con esa verdad, solamente proclamada desde Roma por los Papas.

Atiborrados de conocimientos filosóficos, teológicos, sociológicos, etc., muchos jóvenes sacerdotes españoles —futuros consiliarios de la JOC, futuros dirigentes de la Acción Social en la Iglesia de España, futuros guías del pueblo fiel, futuros párrocos, futuros obispos, futuros propagandistas de la verdad desde el púlpito, desde la cátedra, la revista, el periódico, la radio... no han llegado a tener en sí mismos esa verdad que deberán enseñar, ni a estar poseídos de ella. Atiborrados de conocimientos sociológicos, desconocen, casi del todo, las doctrinas de la Iglesia; porque en Salamanca, por ejemplo, no existe hoy una Cátedra sobre la «Pascendi» y una Cátedra de la «Divini Redemptoris» y una Cátedra sobre el «Syllabus», como existían antiguamente en las Universidades de la Iglesia una Cátedra de Durando, una Cátedra del Maestro de las Sentencias, etc.

Nuestros jóvenes sacerdotes, atiborrados de conocimientos teológicos, filosóficos y sociológicos, pero carentes de una Filosofía, de una Teología, de una Sociología de la Iglesia, vienen a Francia con hambre de verdad, y en Francia no encuentran —no pueden encontrar en Francia— esa verdad que Salamanca o el Seminario donde cursaron los estudios no supo darles. «Quod Salmantica non dat —pudiéramos decir— Sorbona non praestat». ¿Por qué lo que dijeron Pío IX, León XIII, Pío X, Pío XI y Pío XII... no tiene hoy un eco en Salamanca?

Hace unos días se celebró en Praga el III Coloquio Internacional entre Marxistas y Cristianos, continuación de los otros dos celebrados en Salzburg (Austria) en 1965 y en Herrenchicems (Alemania) en 1966.

Dialogando sobre ese III Coloquio Internacional con unos cuantos sacerdotes españoles, que aquí, en París, estudian Sociología y Pastoral, me sobrecogió al constatar su total ignorancia de la Doctrina Social de la Iglesia. Atiborrados de conocimientos filosóficos, teológicos, sociológicos, como quienes nunca los tuvieron los jóvenes sacerdotes de hace treinta, cuarenta o más años,

pueden hablar y apoyar lo que dicen numerosas citas del P. Girardi, Profesor en el Ateneo Salesiano de Roma; de Mr. Roger Garaudy, del Comité Central del Partido comunista en Francia; del Sr. Lucio Lombardi-Radice, del Partido Comunista Italiano; de los PP. Ranher, Liège, Confar y Chense, del Rvdo. Kellner, fundador de la Paulus-Gessellschaft, etc., y hasta del Sr. Azcárate, comunista español en el exilio, que en Praga llevó la voz cantante del grupo «católico marxista» español y quien, al unísono con lo dicho no hace mucho por el Sr. Carrillo, secretario del Partido Comunista Español, habló sobre la futura colaboración de católicos y comunistas en España, dado que los católicos —al decir del Sr. Carrillo, que ciertamente lo sabe muy bien— son los mejores colaboradores que hoy tienen los comunistas en España. Pero dichos jóvenes sacerdotes no son capaces de apoyar lo que dicen con citas de Pío IX, de Pío XII, etc., cuyas doctrinas no conocen bien... y ciertamente, ¡por culpa suya!

Recomendamos la lectura de estas páginas tan interesantes, extractadas de una obra del P. Chanteiro.

PABLO, Obispo de Bilbao.